

Fe en las palabras de Dios: Esperanza en sus promesas: Caridad practicada en toda su estension: virtudes son sobrenaturales, pero que nos librarán del naufragio, y que se aumentarán si ruega María: por ella fueron llenas las hidrias de esquisito vino que satisfizo la necesidad de los desposados de Caná: por ella conseguiremos el vino de la gracia que nos afianzará en las virtudes y nos dará paz al corazon, vida al alma.

Hemos terminado la segunda parte de la Historia de la Santísima Virgen María, en la que hemos meditado los grandes Misterios de su preciosa vida y sus altísimas virtudes, desde el Misterio de la Encarnacion hasta que se hubo verificado por su Santísimo Hijo el milagro de la conversion del agua en vino en las bodas de Caná. Nos preparamos ahora para entrar en otra época la mas dificultosa de pintar. Jesucristo va á dar principio á su predicacion, y María que si hasta aquí ha padecido tan solo por el recuerdo del fatidico vaticinio que escuchara en el Templo de labios del anciano Simeon, va á empezar á experimentar la realidad de aquella profecía. Hasta ahora, veia en lontananza contradicciones y persecuciones, tormentos y muerte, pero vivia al lado de su Hijo, sin que nadie viniese á turbar su tranquilidad y la paz hermosa de que disfrutaba. En adelante, privada á veces de la vista de su Divino Enmanuel, que va á dar principio á su mision augusta de regenerar al mundo por su predicacion, empezará á gustar el cáliz de la amargura que apurará en el Calvario.

TERCERA PARTE.

DE LA VIDA, MISTERIOS Y VIRTUDES DE LA MADRE DE DIOS, DESDE QUE SU DIVINO HIJO EMPEZÓ LA CARRERA DE SU PREDICACION, HASTA SU GLORIOSA ASUNCION Á LOS CIELOS.

CAPITULO I.

Reflexiones acerca del martirio del corazon de la Santísima Virgen María en las contradicciones de su divino Hijo.

No por nuestro propio provecho, y si por contribuir á la mayor honra de la Bienaventurada Virgen de Judá, á la que beneficios sin cuento debe la humanidad y á la que profesamos una cordial devoción, deseáramos ahora estar adornados de la elocuencia y erudicion de un San Agustin, y de la dulzura de un San Bernardo. Describir toda la magnificencia y hermosura que resplandece en la que fué Palacio augusto de la misma Divinidad, formado por la mano del Omnipotente: sondear el abismo de gracias y perfecciones con que plugo al Señor elevarla y distinguirla sobre todas las criaturas; pintar el cuadro de sus heróicas virtudes y altísimos merecimientos, y describir los tormentos de su corazon maternal, en las contradicciones, pasion y muerte del Redentor de la humanidad, empresa es mas apropósito

para varones inspirados que para el que careciendo de elevados dotes solo puede ofrecer á la Virgen-Madre los buenos deseos de un corazón amante. Cuando consideramos que los mas agigantados genios, que los Padres de la Iglesia y otros célebres escritores han cantado con dulce melodía las glorias de la esclarecida y simpática Virgen que forma nuestras delicias; cuando recordamos el valor con que la defendieron un Inocencio III, un Santo Tomás, un Escoto, y con otros semejantes genios; un San Buenaventura; cuando leemos las inmortales obras de San Bernardino de Sena, del Justiniano, de San Alfonso de Ligorio y de otros no menos esclarecidos escritores nos llenamos de confusion, conociendo nuestro atrevimiento al haber emprendido la árdua tarea en que nos ocupamos. Esto no obstante, creemos que nos disculpará el motivo que nos impulsó desde el primer momento que nos sentimos inclinados á escribir sobre un tema que siempre será nuevo á pesar de su antigüedad, porque siempre encontraremos en él, motivos de edificacion. Si el peso de nuestras propias miserias nos abrumará en el lecho de la muerte, creemos que nos servirá de algun consuelo el haber contribuido á dejar en el mundo un libro mas que trate de las glorias de María. No será un libro elocuente ¿pero no podrá caer en manos en las que no hayan caido otros? ¿No podrá contribuir á alentar la devocion en algunos pechos frios? Creemos que sí, porque la mas sencilla narracion, si habla de María, tiene necesariamente que estar llena de poesia, de esa poesia cristiana, que vivificá la fe, que alienta la esperanza, y que enciende en el corazón el fuego activo de la caridad hermosa. Continuenos, pues, nuestra narracion.

Hemos visto á Jesucristo efectuar su primer milagro público en las bodas de Caná de Galilea, en lo que dió á los

que presente se hallaban una prueba inequívoca de su poder y divinidad: ya se habia rodeado de sus primeros discípulos, y Simon, Andrés, Juan, Felipe y Nathanael, habian presenciado el gran prodigio efectuado por el Maestro á ruegos de su Madre. Desde este momento puede decirse que empieza la vida pública de Jesucristo, su predicacion y tambien sus persecuciones, pues al tiempo mismo que unos admirando sus prodigios creerán en él, otros, lejos de sacar fruto de su celestial doctrina, se convertirán en enemigos que no perdonarán medio por perseguirle. Ahora, pues, empieza tambien para María una época de afliccion y de amargura: ahora es cuando aquella espada de dolor, de la que habló Simeon, empieza á destrozár su corazón. Recordemos la profecía: *Hé aquí*, habia dicho el santo anciano á María, *el que está puesto para ruina y resurreccion de muchos en Israel, y en señal ó blanco de contradiccion, para que se manifesten los pensamientos de muchos corazones, y una espada atravesará tu alma.* Que fué decirle: Este que ha sido enviado para dar la salud al mundo, que es la luz de las gentes, cuya voluntad es la de salvar á todos, porque el Señor le ha preparado para esto á la faz de las naciones, será el blanco de la mas fuerte contradiccion, y aunque será vida y resurreccion para muchos, será tambien ruina para otros, á fin de que se manifesten los pensamientos mas ocultos, y una espada de dolor atravesará tu alma. María amaba á su Hijo con todo el afecto que era propio en una Madre tan santa, y que tan perfectamente conocia todas sus perfecciones: identificada con sus mismos sentimientos, tenia necesariamente que padecer con él. ¿Qué lecciones mas sublimes vá á dar á la humanidad! Si repasando la historia de su vida, desde su Concepcion Inmaculada, hemos visto en ella el mas perfecto modelo de

todas las virtudes, el tipo mas bien acabado de todas las perfecciones, en las que escedió á todas las criaturas, pues no reconocen superior fuera del mismo Dios, su resignación y conformidad en los agudos dolores que hubo de sufrir, y que la hicieron acreedora al título de Reina de los mártires, será una nueva y elocuente lección, que nos enseñará á sufrir con resignación, y aun con gozo, las aflicciones de la vida, recibiendo los trabajos como de la mano del Señor.

Esperado habia sido por espacio de cuatro mil años el Mesías libertador que fuera ofrecido por Dios en el mismo Paraiso donde se cometiera la transgresion primitiva. El pueblo depositario de los oráculos habia enronquecido de tanto pedir el cumplimiento de la promesa eterna: sus sacerdotes y doctores leian cada dia las profecias que al mundo anunciaban el tiempo en que habia de aparecer entre los hombres el Cordero dominador, los caractéres que le habian de adornar y hasta el lugar do se habia de verificar su nacimiento. Así, pues, desde el momento en que Jesucristo se presentó entre ellos; desde el instante en que empezaron á escuchar su doctrina y á presenciar sus hechos admirables debieron recocerle: pero aquellos hombres reputados por sábios, tenian una venda sobre sus ojos, para no ver la verdad. Cierta es que no debemos extrañarlo, toda vez que los mismos oráculos que habian anunciado la venida del Salvador, enseñaban tambien que seria desconocido y ultrajado: *Israel tendrá ojos y no verá, orejas y no oirá*¹. Corazones carnales, ávidos de grandezas y de prosperidades temporales, no podian acomodarse á un reino del cielo sobre la tierra. La ingrata Jerusalem, manchada con la sangre de los profetas, recibió en medio de sí al

1. Habentes oculos non videtis: et aures, et non auditis. Jeremias, cap. V, v. 21.

mayor de todos los Profetas, al que vino á darle vida, y lejos de correr en pos de él, de escuchar su voz y aceptar su divina enseñanza, le persiguió sin tregua ni descanso, hasta llegar al mas horroroso de los crímenes, cual fué el del deicidio. Como tendremos lugar de ver, llenos de orgullo se sirvieron de la calumnia para oscurecer la luz brillante y resplandeciente de los hechos admirables y asombrosos prodigios efectuados por el Salvador durante los tres años de su predicacion. Los Herodianos, los Sadduceos, los Príncipes de los Sacerdotes y los Doctores de la ley, se hallaban en tinieblas estando la luz en medio de ellos. Apenas el Señor empezó á ser conocido por sus obras, unos exclamaban: «Hemos encontrado á este hombre que perverte al pueblo y prohíbe que se pague el tributo al César.» Otros al verle ejercer su soberano imperio, exclamaban: «En virtud de Belcebú, príncipe de los demonios, lanza los demonios.» Tan pronto le proponen cuestiones, con el objeto de ver si en sus respuestas encontraban algo de que acusarle, como se proponen precipitarle desde la cumbre de un monte. Cada uno de sus milagros, el menos asombroso entre la multitud que obrara, era suficiente para que de pusiesen toda duda y reconociesen en Jesucristo el libertador de las naciones, por cuya venida tanto habian suspirado. Hombres reputados por sábios, pero cuya ignorancia se deja conocer por su conducta para el Salvador, dieron suficientes pruebas de la depravacion y dureza de sus corazones. Así ese pueblo rebelde que no solamente se resistió á recibir el Mesías, sino que le quitó la vida, ha venido siendo desde entonces el oprobio de todos los pueblos de la tierra. Viviendo en todas partes sin contar con un palmo de tierra que le pertenezca, sin templo ni sacerdocio, sufre todo el terrible anatema que él mismo fulminara cuando al

pedir la muerte del divino Salvador exclamara: « Su sangre caiga sobre nosotros y nuestros hijos. » Si pues tan grandes fueron las contradicciones que hubo de experimentar el Salvador en los tres años que á su predicacion precedieron, comprender podemos en algun tanto cuán extraordinaria sería la afliccion, y cuán terribles los tormentos del corazon de su bendita Madre, que hubiera querido que sobre ella pesasen todos los trabajos, pero que nada queria que padeciese el Hijo de sus entrañas.

Los amores luchaban de continuo en el corazon de la Santísima Virgen: amaba á su Hijo mas extraordinariamente que todas las madres del mundo han amado á los suyos: no podia por lo tanto menos de estar identificada con sus sentimientos y padecer en su purísimo corazon, quanto Jesus sufria por las contradicciones y mas tarde por su pasion y muerte: pero amaba tambien á la humanidad, y sabia que su rescate y salvacion no se podia obtener á otro precio que al de la divina sangre de Jesus: así, pues, si bien no podia menos de experimentar una amargura incomparable, se conformaba con la voluntad del Eterno, sin exalar jamás el mas veloz suspiro. Como mas tarde el divino Salvador en el árbol de la Cruz, pedia á Dios por los mismos que contradiciendo á Jesucristo ó persiguiéndole, causaban profundas heridas en su corazon. ¡Ah! ¡Que María fué una mujer incomparable, una heroína admirable! Puede decirse que Jesucristo y su Madre Santísima no tenian mas que un alma, por que el amor dice oportunamente D'Argentan, tuvo la habilidad de hacer del alma de Jesus y de la de María una sola: el Cántico de los cánticos, dice, lo espresa claramente, por estas palabras: « Mi amado es todo para mí, y yo soy toda para él, » no dividimos cosa alguna: míos son sus dolores, mías sus ignominias y la muerte traspasa mi alma

con el mismo dardo que traspasa la suya. Por lo cual San Lorenzo Justiniano mira el corazon de la Reina de los mártires como el espejo perfectísimo de la pasion y muerte de su Hijo ¹. Comprendemos que no podia ser de otro modo, si atendemos al amor extraordinario que la Santísima Virgen profesaba á su divino Hijo. El amor, dice el P. San Agustin es la medida del dolor: si pues no hay ni puede haber un amor superior ni aun que iguale al que la purísima Virgen profesaba á Jesus, tampoco puede haber afliccion ni dolor semejante al suyo, en las contradicciones y persecuciones, y mas tarde en la muerte que Aquel sufriera para la Redencion de la humanidad. Mejor que San Pablo al dirigirse á los fieles de Galacia podia exclamar, la que fué reina de la caridad: *Vivo yo, mas vive Cristo en mí*: Hechas estas reflexiones, arreglémonos ya al orden de los sucesos.

¹ P'Argentan. Grandezas de la Santísima Virgen. Cap. XXIII.